



RELACION , Y NUEVO ROMANCE DE LOS VALEROSOS  
arrestos, y muertes, que hizo el esforzado Don Fernando Melendez , de la  
Isla de Leon, en que se declara como fue cautivo , y por su gallardia , fue  
presentado à el gran Sultàn; y llevado del afecto de una Dama cautiva , se  
fingió embaxador, todo à fin de su rescate;el que logró como deseaba,  
como lo verá el curioso Lector. Sucedió este presente Año.  
PRMERA PARTE.

**A** La Reyna esclarecida,  
Madre del Divino Verbo,  
à la Paloma mas alva,  
del Cielo radiante espejo:  
à la que tiene à sus plantas  
Sol, y Luna por trofeo,  
con el titulo de Aurora,  
dè luz à mi entendimiento,  
para que mi pluma acierte  
à declarar un lucesso;  
pues con su amparo podrè,  
y sin su refugio es cierto,  
que todos los pecadores  
nos hallamos sin consuelo.  
Ea, pues, Virgen Maria,  
asistidme , que ya empiezo.  
En la Isla de Leon,

la mas grande en otros tiempos,  
la que imitaba à Cartago,  
por sus edificios regios;  
pero oy se vè arruinada,  
aunque no por todo entero.  
En esta illustre Ciudad;  
en este pensil mas bello,  
nació de muy nobles padres,  
pero pobres en extremo,  
(aunque nunca la fortuna  
se mostrò ingrata con ellos)  
el joven mas venturoso,  
pues de todos sus empeños  
siempre salió con victoria;  
pues aunque fueran muy diestros  
à todos se anteponia;  
por cuyo motivo, viendo

los



les jaques de aquella tierra,  
que era aplaudido, quisieron  
facarle defafiado;  
y una noche, que en silencio  
toda la Ciudad estaba,  
à su puerra se pusieron  
esperando que viniessse;  
pero no se pasó tiempo,  
que no llegara, y les dice,  
desembaynando el acero,  
hagan ustedes lugar,  
vamos, quitense de enmedio,  
porque si no, à bofetadas,  
les harè yo, que muy presto  
me desocupen la calle;  
ò à los filos de este acero,  
aunque otros tantos vinieran,  
quedàran pedazos hechos.  
Todos dicen à una voz:  
vamos, muera, que yà es tiempo,  
no viva quien nos ultraja;  
y arrancando los aceros,  
fraguaron tal herreria,  
que à los golpes acudieron  
toda la ronda, que estaba  
rondando por aquel puesto,  
pidiendo favor al Rey;  
pero estaban yà tan ciegos  
de ver el brazo de Marte,  
y que un solo Cavallero  
contra tantos se oponia,  
que no respetàran creo,  
si todo el poder del mundo,  
se pusiera de por medio.  
La Justicia daba voces,  
alborotòse yà el Pueblo,

de fuerte, que en la Ciudad  
todos estaban rebueltos,  
pues de la una, y otra parte,  
padres, amigos, y deudos,  
en sus defentas venian;  
mas el noble Cavallero  
pensò lo que avia de hacer,  
en medio de aquellos riesgos,  
y determinò el huír;  
mas se puso de por medio  
la Justicia, y al instante  
le tiro un tajo al primero,  
con que le quitò la vida.  
Y el Alcalde, viendo aquesto,  
lleno de colera, y rabia,  
quiso atirlo, y con un trueno  
lo despachò à la otra parte;  
y huviera muerto à doscientos,  
si no fuera por venir  
una patrulla à este tiempo,  
donde fue fuerza el huír,  
por evitar tanto riesgo,  
que pudo sobrevenir;  
y amparado del silencio,  
se fue à la orilla del mar,  
y en una gruta, que el tiempo  
à los golpes, ó bayvenes,  
avia en aquel puesto hecho,  
se metiò, y allà, à sus solas,  
està pensando, y diciendo:  
No soy Don Fernando yo  
de Melendez, pues què esp  
à donde està aquel valor,  
que heredè de mis abuelos.  
Còmo permito se ultrage  
esta sangre, que poseo?

22. 360



reivento de corage;  
si no los mato, temo,  
que me ha de quitar la vida  
este justo sentimiento.  
Que dirà de mí yà el mundo  
sin venganza me quedo?  
En estos, y otros discursos  
estaba el noble mancebo,  
quando vido, que venian  
à ocupar el mismo puesto  
unos pyratas ladrones,  
y quatro Turcos con ellos.  
Mas èl dixo à su valor,  
no es razon, que aquestos perros  
se burlen de mi persona;  
y èl arrancando su acero,  
à qual hierè, y à qual mata:  
y haciendo passo ligero,  
sin que nadie se lo estorve,  
se subió al monte; mas ellos,  
con deseos de cogerte,  
en su seguimiento fueron,  
lentos de colera, y rabia,  
pues à dos avia yà muerto.  
Y dicen: Mira, Christiano,  
date, no te ocupe el miedo,  
que te prometo que seas  
el primitivo en mi Reyno,  
y tenerte yo en mi casa,  
siendo de toda ella dueño.  
Este favor no desprecies,  
mira, que te tengo afecto;  
y si no lo haceis así,  
por mi Alcoràn te prometo  
de entregarte à una tahona,  
y que estès como un jumento,

trabajando de continuo,  
sin que aya en esto remedio.  
Y así, breve determina;  
què me respondes à esto?  
dixo Don Fernando: yo,  
antes que cautivo, muerto  
discurro que me lleveis,  
pues de otra fuerte no creo,  
que lo podreis conseguir;  
y así, el que offado, y reuelto  
se determine à tener  
valor para mi respeto,  
à los filos de esta espada  
quedarà pedazos hecho.  
Todos embisten con èl,  
los alfanges esgrimiendo,  
sin poder dàr en dos horas,  
por ninguno el vencimiento;  
hasta que rendidos yà  
del valor de este mancebo,  
brotando fuego los ojos,  
y por la boca veneno,  
embisten desesperados.  
Mas Don Fernando, à este tiempo  
tropezó, y no pudo huír,  
y los Moros acudieron;  
lo cogen, y maniatan,  
llevandolo al puesto mesmo  
de la cueba, donde estaban  
aquellos perros perversos.  
Y por ser de dia claro,  
esperando se estuvieron  
para partirse à su tierra;  
vino la noche, y salieron  
tan contentos, que al discurso  
del noble auditorio dexo.



Gozosos de ver que llevan  
un tan gallardo mancebo,  
toda la noche caminan;  
y à la que va amaneciendo,  
por entre montes de espumas,  
se vido entre los reflexos,  
que naufragaba, con ansias  
de llegar à salvamento,  
un barquillo, el qual iba  
navegando à vela, y remo,  
y como perros se arrojan,  
à coger el barquichuelo;  
y muy breve lo apresaron,  
porque se hallaba indefenso,  
pues solo dentro traía,  
una Dama como un cielo,  
y un Cavallero, que acaño  
de sus amores refueltos,  
à estraña tierra caminan,  
para lograr sus intentos,  
con la bendicion de Dios,  
y ceremonias del Clero.  
Pero quiso su desgracia,  
que los Moros, discurriendo  
que vendria apercebida  
la nave de marineros,  
à cañonazos la rinden,  
y la convierten en fuego.  
Y à el Cavallero inocente,  
le diò una bala en el pecho,  
con que le quitò la vida,  
Dios le dè descanso eterno.  
Y viendo ya los tyranos  
logrado su vencimiento,  
con deseos de encontrar

alhajas, joyas, dinero,  
que es lo que todos aspiran,  
saltan en el barquichuelo,  
dexandose en su faluca  
à Don Fernando, que ciego  
de aver mirado aquel angel,  
ó aquel humanado cielo  
estaba; quando los Turcos,  
sin advertir en los riesgos,  
que pueden sobrevenir,  
por la trapa se metieron  
de la escotilla, y al punto  
fue Don Fernando, y fingiendo  
muy humilde, à el parecer,  
que iba à ayudar à sus dueños,  
la ocasion hallò en las manos,  
pues vido aquel angel bello,  
que passada del desmayo,  
del susto, pavor, y miedo,  
que recibió à el verse sola,  
en poder de aquellos perros  
estaba; mas à el instante,  
en su mente discurriendo,  
que cerrando la escotilla,  
era ya de todo dueño,  
lo pensò, y lo executò,  
que fue diciendo, y haciendo  
Y cogiendo entre sus brazos  
à aquel hermoso lucero,  
à la faluca la passa,  
à donde la dexarèmos,  
mientras que el Autor discurriendo  
darle fin à este compendio  
en otra segunda parte,  
que es el fin de su desseo.





PROSIGUEN LOS VALEROSOS HECHOS, Y AMORES, que tuvo el esforzado Don Fernando Melendez con Doña Josepha de Lerma, à un tiempo los dos cautivos. Refiere se, como por el grande afecto que la cobrò, se fingiò Embaxador, viniendose de Constantinopla à Argel, donde fue recibido conforme à su representacion, y como logrò el traerse à Doña Josepha à su patria; con lo demàs que verà el curioso.

SEGUNDA PARTE.

YA dixè como quedò la desmayada doncella en brazos de Don Fernando, quien muy ansiolo desea saber su nombre, y su patria; quando con un ay empieza, entre confusa, y turbada, à decir de esta manera: No me mates, no me mates, aguarda, derente, espera: mas ay de mí! què es aquesto? donde està el bien q me alienta? Señora, solo en mì puedes desahogarte de tu pena, la respondiò Don Fernando:

pues es cierto, si pudiera mitigar en algun modo essa congoja, essa pena, lo hiciera de buena gana; y assi, señora, quisièra ( si es que este favor merezco) me digas por cosa cierta, de què pais, ò què patria, ò la ocasion tan adversa, que te arrojò á aquestos mares, porque deseo saberla; yà te espero, no te tardes. Y entonces la dama bella, con un ay empieza, y dice: Señor mio, yo quisièra



en un todo darte gusto;  
pero me affige, è inquieta  
este susto, este letargo,  
esta congoja, esta pena,  
y discurro no podrè;  
mas yá que decirlo es fuerza,  
en la illustre Barcelona  
naci, ojalà no naciera,  
solo por no verme aora  
en tanto tropel de penas.  
Mi padre llaman Don Diego,  
y por apellido Lerma,  
y mi madre Doña Juana  
de Flores, y Valenzuela,  
y por gusto de padrinos  
à mi me llaman Josefha,  
la desgraciada en el mundo,  
pues desde mi edad primera  
tuve muchos pretendientes,  
aviendo varias quimeras  
sobre qual ha de llevarme;  
tanto, que toda la tierta  
quiso dividirle en vandos:  
por cuya ocasion intenta  
este que difunto yace,  
(Dios le dè mejor esfera)  
que una noche me saliesse,  
y alhajas, joyas, y perlas  
me llevè todo conmigo,  
para lo que se ofreciera,  
que yá tenia una nave  
para el viage dispuesta,  
que àcia Roma caminaba;  
lo qual yo, con diligencia,  
previne todo lo dicho  
en una caxa pequeña;

y à esso de la media noche,  
atada con una cuerda,  
me baxè por un balcon,  
estando de centinela  
el desgraciado mi amante;  
el qual luego; con presteza,  
ponerme en salvo procura,  
llevandome à la rivera  
del mar, adonde tenia  
una embarcacion dispuesta,  
para llevarnos à Roma;  
pero aquella noche mesma  
usò de su imperio el viento,  
y la embarcacion alexa.  
Mas viendo que el dia viene,  
à mi amante le fue fuerza  
el entrar en esta barca;  
y puestos los dos en ella,  
quatro dias caminamos,  
sin que nunca se pudiera  
discurrir donde se iba,  
hasta que la fuerte adversa  
nos puso en manos de aquellos  
tiranos de la Ley nuestra.  
No te puedo decir mas,  
pues que todo lo que queda  
mas bien que yo lo sabeis;  
y así, señor, yo quisiera,  
si algo puedo merecerte,  
que me buelvas à mi tierra,  
para entrarme en un Convento,  
donde haga vida nueva,  
y à mis padres pueda yo  
darles de este caso cuenta.  
Don Fernando dixo, sí:  
y haciendose à remo, y vela,



llevando el barco à remolco,  
caminan con ligereza;  
pero quiso su desgracia,  
que de Moros dos galeras  
se salieron al encuentro;  
y como ran sin defensa  
al punto los maniatan,  
yendo de aquesta manera  
hasta la Ciudad de Argèl  
donde los ponen en venta,  
llevandose à Tetuan  
un Moro à Doña Josepha,  
que decian Audalí;  
y à Fernando se lo lleva  
un Embaxador, que acaso  
de Constantinopla llega;  
y viendolo tan gallardo,  
al gran Sultàn lo presenta,  
el qual lo tuvo en Palacio  
dentro de su sala mesma,  
haciendo tal confianza,  
que muchas veces intenta,  
para darle mayor gusto,  
el que se ponga á su mesa,  
siendo Don Fernando siempre,  
en Palacio, la cabeza,  
por el gran Sultàn tenia  
una hija, que se dexa  
à un lado las hermosuras,  
y su intento siempre era  
el que casára con èl;  
mas Don Fernando penetra,  
y como sagàz dispone,  
sin agraviar la Ley nuestra,  
el darle en un todo gusto;  
y estando de esta manera,

del mismo modo en Palacio  
mas de dos años, apenas  
supo en Arávigo hablar,  
y escribir bien, pues la letra,  
en toda Constantinopla,  
no se hallaba como ella,  
quando resuelve venir  
à buscar Doña Josepha,  
pues ni un punto se apartaba  
de su memoria; y apenas  
lo pensò, lo executò,  
fingiendo firmas, y letra,  
como que era Embaxador,  
trayendo la pompa regia,  
que à tal sugeto conviene,  
pues no hubo Ciudad, ni Aldéa,  
que no le contribuyessen;  
y haciendole varias fiestas,  
entrò en Argèl Don Fernando,  
y luego hizo diligencia  
del Moro Audalí, que dixe,  
amo de Doña Josepha,  
diciendo, tiene un esclavo,  
que mucho le alaba, y era  
preciso que la llevasse;  
y jura, si no reniegan,  
à los dos ha de freirlos,  
ò han de arder en una hoguera:  
el mismo Rey le obedece,  
trayendo à Doña Josepha;  
la qual assi que le vido,  
conociendo de que era  
el mismo que la librò,  
le ha dicho de esta manera:  
Señor, nunca podré yo  
dexar de seguir la vuestra;



y así, vamos luego al punto,  
que deseo y à se vea  
lograda tu pretension:  
prompta me tienes, què esperas?  
Viendo el Rey que la Christiana,  
su deseo siempre era,  
segun se manifestaba,  
segair al falso Profeta,  
previene al punto una nave,  
donde Don Fernando fuera,  
dandole, para que boguen,  
cien Christianos, y que fueran  
doscientos Turcos tambien  
en su custodia, y defensa;  
y de camino la diò  
tambien à Doña Josepha,  
hasta unos quatro mil peños,  
diciendola, si reniega,  
la ha de embiar luego al punto  
toda la Morisma entera.  
Arman, en fin, su viage,  
haciendose à toda vela;  
disparando artilleria,  
salen de la mar afuera,  
haciendo baxen los Moros  
por ser ya tiempo de fiesta,  
baxo de escotilla; y luego  
que los vido sin defenta,  
à los Christianos ànima,  
diciendo de esta manera:  
Yá no temais, hijos mios,  
fino es haceos la cuenta,  
que teneis yà libertad,  
porque un Christiano os alienta.  
Viva la gran Fè de Dios,

y la Mahometana muera.  
Reconocen los Christianos  
ser así como dixera,  
y con gusto, y alegria  
caminan, y con presteza,  
en breve tiempo llegaron  
à Barcelona la bella,  
y haciendo salva real,  
saltaron todos en tierra.  
Fue Don Fernando à D. Diego  
y à dicho de esta manera.  
Aqui està un pobre Cautivo,  
que postrado à tu presencia,  
te pide, que le perdones.  
Aí viene Doña Josepha,  
vuestra hija, y podrá daros  
de lo sucedido cuenta;  
y si algun favor merezco,  
te pido, señor, que sea,  
que en dulces lazos de amor  
goce con la hija vuestra,  
de Cupido los cariños,  
porque me debe esta deuda.  
Y Don Diego, muy gozoso,  
luego al punto se la entregó,  
y despues todos los Moros  
à la Ciudad los presenta,  
por lo que hubo sarao,  
fiestas de toros, Comedias;  
y oy viven los dos contentos,  
siendo de toda la tierra  
aplaudidos. Y aqui pide  
el que compulso esta letra,  
perdonen sus muchas faltas,  
ò un vitor, que es lo que esp